

Carta desde Basilea

What Should Architects Do?

Jacques Herzog

En esta carta abierta dirigida a David Chipperfield, Jacques Herzog reflexiona sobre el papel activo de los arquitectos en la sociedad poscovid.

In this open letter addressed to David Chipperfield, Jacques Herzog reflects on the active role that architects ought to play in post-Covid society.

Querido David: Me preguntabas qué deberíamos hacer los arquitectos frente al inminente desastre medioambiental. Frente a la desigualdad social, la pobreza y la degradación de los recursos del planeta. Frente a la pandemia, que nos ha situado en un escenario casi surrealista que todavía no entendemos. Problemas que están gestionado los líderes políticos con un cinismo y un proceder que supera, por su surrealismo, al de los hermanos Marx.

Querido David, la respuesta es: nada. ¿O conoces algún momento de la historia de la arquitectura en el que un arquitecto haya contribuido decisivamente a la sociedad? Los arquitectos siempre han buscado la compañía de los poderosos. Construían palacios, templos, estadios, ciudades enteras; casi siempre de acuerdo con el espíritu de su tiempo, rara vez como expresión de renovación y cambio.

¿Puede la arquitectura cambiar realmente algo? ¿O anticipar algo? Por ejemplo, ¿en el mundo del arte? Creo que la Sala de Turbinas de la Tate Modern fue innovadora: no sólo logró acoger un público diferente, sino también un tipo de producción y exposición que trascendía los formatos tradicionales. Los artistas podían así idear universos totalmente inmersivos; no sólo imaginar, sino materializar universos enteros de su propia invención. La arquitectura les había dado el soporte y los parámetros para hacerlo. Fue una operación audaz, porque nadie sabía si funcionaría o si los artistas querrían hacer uso del espacio. En cierto modo, fue una respuesta a lo que la gente se preguntaba entonces: ¿qué viene a continuación? Al menos respecto al arte, la Sala de Turbinas contestó a este interrogante mostrando el potencial de una experiencia museística sin precedentes.

Pero la Tate Modern también fue el trampolín ideal para un desafortunado desarrollo del arte: su comercialización radical. El panorama artístico londinense nunca había experimentado un fenómeno tan internacional y contemporáneo. A raíz de la Tate, el

mercado del arte vivió un auge nunca visto antes; un apogeo que caló en el mercado inmobiliario, que en dos décadas transformó el perfil de Londres en un maremágnum de edificios de gran altura sin ninguna idea de orden urbano. Los rascacielos se amontonan ahora en torno a la Tate Modern como si trataran de asomarse a los espacios expositivos y participar en su actividad artística, aunque la mayoría de los propietarios ni siquiera viven allí y la observan con distancia, si es que lo hacen.

En pocas palabras: los arquitectos no podemos impedir la comercialización del arte ni, desde luego, el *boom* inmobiliario. Lo que nos lleva a otras cuestiones: en particular, la política monetaria internacional y las estrategias de inversión. ¿Qué arquitecto no querría construir una bonita torre, aunque así apoye activamente la burbuja inmobiliaria, dispere su protagonismo y genere hectáreas de espacio residencial y de oficinas vacío?

Los arquitectos necesitamos clientes. Cuanto más famoso sea un estudio de arquitectura, más potenciales clientes e inversores atraerá, no sólo privados, también políticos. Sobre todo cuando se trata de grandes edificios públicos, como estadios. A menudo estos proyectos los encargan gobiernos sin las normas democráticas que tenemos nosotros en Europa: China, por ejemplo. Pero seguimos aceptando proyectos en esos países porque son atractivos y porque creemos que, a través de la forma en que diseñamos, podemos ayudar a la construcción de una sociedad libre. En el caso del Nido de Pájaro, no estábamos interesados únicamente en los Juegos Olímpicos, sino más bien en la vida que vendría después. La celosía piranesiana que envuelve las gradas fue concebida como una gran escultura pública, diseñada para atraer a la gente de Pekín. Se trata de un área recreativa donde, al igual que un parque, la gente puede reunirse y hacer cosas juntos, lo que a su vez lo relaciona con las convenciones sociales chinas. El Nido de Pájaro es un lugar popular que atrae a muchos visitantes,

incluso cuando no se celebran eventos deportivos: el perfecto telón de fondo para un selfi. Un símbolo del ascenso de China en el siglo XXI.

Sin embargo, ¿ha tenido este nuevo foco algún efecto en la vida política de Pekín? ¿Funciona la arquitectura del estadio como una «escultura social» con repercusión política? Puede ser una suposición ingenua, pero la compartimos con Ai Weiwei, que, por supuesto, conoce mejor la cuestión. Pero, nuevamente, ¿ha logrado la arquitectura cambiar la sociedad?

No. No podemos cambiar la sociedad, pero podemos hacer una contribución tangible. ¿Cómo y dónde? Echemos un vistazo a los principales problemas actuales: el clima, el paisaje, la migración, la atención sanitaria, la digitalización. Abordemos, por ejemplo, el paisaje.

Hace veinte años organizamos el ETH Studio en Basilea, que se dedica exclusivamente a investigar el paisaje y la urbanización, al principio sólo en Suiza y después en otros lugares: las Islas Canarias, Hong Kong, Kenia, el Sáhara. Todos los que trabajamos allí hemos aprendido mucho. Pero ¿ha servido para algo más? Hemos editado varias publicaciones con un alcance limitado, que caerán en el olvido de los archivos universitarios, pero sacamos a la luz dos libros que han tenido una influencia notable y duradera en la política suiza y sus directrices urbanísticas: *Switzerland. An Urban Portrait* (2006) y *Achtung, die Landschaft* (2015). Este último es casi un manifiesto y su propuesta principal reza: «construir sobre lo construido», un enfoque especialmente necesario en un país con núcleos tan densos como Suiza. Vivimos aquí y es difícil obviar lo que sucede a nuestro alrededor. Estar en el propio lugar, experimentarlo, es un importante requisito para los arquitectos a la hora de desarrollar una idea de proyecto. Suiza es un país pequeño de extensión limitada, por lo que nuestro estudio no puede funcionar como modelo 1:1 para Kenia o Rusia, pero se puede aplicar claramente a Hong Kong o Tenerife.

Sin embargo, no hay ninguna idea, plan y, desde luego, control sobre qué, dónde y cómo se puede construir en el paisaje desocupado que aún existe. ¿A quién pertenece esa tierra? ¿Quién toma las decisiones, quién da permiso para despejarla y explotarla? ¿Quién concede licencia para construir en mitad de la nada? El estatus del paisaje se concentran sólo en el 2% de la Tierra, según *Countryside*, el estudio de Rem Koolhaas. El paisaje tiene que extenderse a la ciudad, ¡no al revés!

No podemos cambiar la sociedad, pero los proyectos individuales —como nuestro análisis del paisaje suizo— pueden conseguir incorporarse a la política real. Nuestro trabajo puede ser político, pero, paradójicamente, sólo si trabajamos y pensamos como arquitectos para que la «utopía» tenga forma física, se haga tangible.

¿Podemos hacer algo después de todo! Los arquitectos quieren hacer cosas, quieren tomar medidas. Muy pocos de nosotros somos intelectuales, aunque muchos se vean a sí mismos como tales. Aún son menos los que escriben y, si al final sus textos se convierten en libros, en el mejor de los casos atraerán la atención de revistas de arquitectura y universidades. Parece que cuanto más pegadizas sean las frases, más influencia tendrán en la manera en que pensamos. Pero ¿qué pasa con la sustancia, el contenido? Nos fascinaba *L'architettura della città* de Rossi, pensábamos que *Complexity and Contradiction in Architecture* de Venturi era lo más grande. Los arquitectos tras la II Guerra Mundial veneraban los arrojantes *Trois rappels à Messieurs les architectes* de Le Corbusier. ¿Y qué queda de todo ello? ¡Nada! ¡Ninguna vigencia hoy en día! Sólo material para los exámenes de teoría arquitectónica. No me satisface decirlo, sólo me produce cierta melancolía, también a la luz de mis propios textos, estudios y ensayos. O cartas como esta para para ti, David, que también pueden llegar a otros arquitectos que

se preguntan sobre nuestra disciplina. Dicho de otra forma, otro montón de palabras de corto alcance. Los textos sólo sobreviven si son independientes, si se sostienen por sí mismos; sólo sobreviven si contienen mundos propios. Únicamente la literatura puede hacer eso, o, de forma aún más admirable, la poesía, que nos sigue hablando mucho después de ser escrita. Lo que los arquitectos escriben no es literatura; a lo sumo, es *Zeitgeist*, cuando no mero periodismo o anécdotas.

No todo el mundo estaría de acuerdo con esto: hay muchos que ponen gran pasión en sus escritos. Hace poco discutí esto con Peter Eisenman, que está entre los que tienen una fe inquebrantable en la escritura. Pero es una ilusión asumir que las palabras de un arquitecto, como las de un profeta, son más fuertes que sólidas paredes de piedra.

Lo que nos queda es la arquitectura misma. Al menos eso, ya que implica acción física. Vaya observación para hacer precisamente este año, el año del coronavirus, en el que nos hemos quedado en casa durante semanas. Un drama de interior para mucha gente, como una obra de Beckett en el pequeño escenario de un teatro de provincias. Nos hemos dado cuenta de qué diferencia hay cuando la ventana está en el lugar correcto para que la luz y el sol puedan entrar en el angosto espacio de un piso. Cuando hay una terraza con vistas. Y un árbol cerca. Quizá no haya un espectacular panorama ante nosotros, mimados arquitectos, y por eso descuidamos un aspecto indudablemente trascendental.

Podemos marcar la diferencia trabajando en proyectos que respondan a las necesidades de los usuarios. Hacer un uso inteligente del espacio —la tarea tradicional del arquitecto— continúa siendo de vital importancia.

No sólo el uso del espacio, sino también cómo le damos forma y los materiales que utilizamos en él. No se puede hacer arquitectura sin materiales de construcción reales que vengan de algún lugar, sean renovables o no, según el caso. Podemos prescindir del

hormigón, por ejemplo, a menos que este deba desempeñar una función estética específica. O donde sea indispensable, como en los edificios de gran altura o en buena parte enterrados.

Esto reduciría sustancialmente las emisiones de CO₂ en todo el mundo y protegería recursos no renovables como la grava y la arena, al dejarlos donde están. De hecho, debemos repensar de forma radical el uso del hormigón y no simplemente porque queramos ser ecológicos. El hormigón se ha convertido en un material habitual, omnipresente en las obras porque se puede hacer prácticamente de todo con él. Los arquitectos abusamos de los materiales cuando los explotamos sin pensar o cuando sólo nos interesa su atractivo superficial. Es una desventaja, ya que cerramos el abanico de posibilidades. La arquitectura como un conjunto o producción de ideas no es arquitectura; es mera decoración y, como tal, no sólo es fea sino también perjudicial para la disciplina. La arquitectura tiene un potencial tan inmenso precisamente porque su diversidad quedado en casa durante semanas. Un drama de interior para mucha gente, como una obra de Beckett en el pequeño escenario de un teatro de provincias. Nos hemos dado cuenta de qué diferencia hay cuando la ventana está en el lugar correcto para que la luz y el sol puedan entrar en el angosto espacio de un piso. Cuando hay una terraza con vistas. Y un árbol cerca. Quizá no haya un espectacular panorama ante nosotros, mimados arquitectos, y por eso descuidamos un aspecto indudablemente trascendental.

Podemos marcar la diferencia trabajando en proyectos que respondan a las necesidades de los usuarios. Hacer un uso inteligente del espacio —la tarea tradicional del arquitecto— continúa siendo de vital importancia.

No sólo el uso del espacio, sino también cómo le damos forma y los materiales que utilizamos en él. No se puede hacer arquitectura sin materiales de construcción reales que vengan de algún lugar, sean renovables o no, según el caso. Podemos prescindir del

con espacios tan diferentes y característicos crea intensidad y diversidad de percepción para los pacientes que se han visto obligados a renunciar a la movilidad de la que alguna vez disfrutaron. Prácticamente ningún otro edificio de Herzog & de Meuron es una combinación tan holística de paisaje, ciudad e interior y proporciona una experiencia accesible para todos aquellos que viven y trabajan en esos espacios: La clínica REHAB nos enseñó mucho sobre los hospitales; algo que hemos podido aplicar a proyectos en Dinamarca, Suiza y ahora también en San Francisco. Los arquitectos siempre dicen que aprenden de sus proyectos, pero en este caso no son palabras vanas. La atención sanitaria es un campo totalmente descuidado. A los arquitectos rara vez les han permitido involucrarse en ese campo, y si lo hacían, no podían hacer del hospital en un lugar agradable. ¿Se te ocurre algún hospital construido después de 1945 que lo haga? ¿Un lugar que ofrezca a cuidadores y pacientes un entorno que ayude a hacer más llevaderos los momentos difíciles? De hecho, suele ocurrir lo contrario: incluso algunas de las clínicas mejor equipadas del mundo son a menudo aburridas cajas, monstruos cuyas sucesivas ampliaciones los afean aún más. Con la pandemia actual, estos lugares horribles, la desidia y la incapacidad global de la política, la medicina y la sociedad para combatir el virus se han hecho dolorosamente visibles en las noticias. La salud y su arquitectura van a ser una gran preocupación en los años venideros, y creo que muchos arquitectos descubrirán un nuevo campo de actividad.

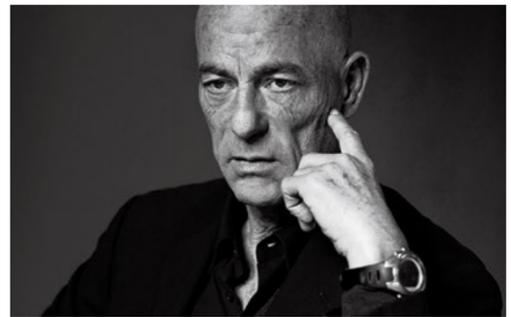
Querido David, es suficiente. Estoy divagando. Si sigo adelante, mi carta se convertirá en un ensayo, y bien sabes lo que ambos pensamos al respecto. Naturalmente, hay muchas otras preocupaciones, pero para ellas habrá tal vez otra ocasión.

Con afecto, Jacques

Originally published in Domus 1050, October 2020. For the text in English, see www.domusweb.it

A través de su experiencia personal, Herzog revisa las dificultades a las que se enfrenta hoy la disciplina.

Writing from personal experience, Herzog outlines the difficulties now confronting the discipline.



© Nils Fisch